

LA CRÍTICA LITERARIA A LAS INSTITUCIONES DE DETENCIÓN

DIEGO FREEDMAN

El extracto *sub examine* pertenece a la novela *La hora 25* de Constant Virgil Gheorghiu.

Este autor nació en 1916 en la Moldavia Rumana, bajo el seno de una familia de sacerdotes ortodoxos.

Se dedicó a estudiar teología y comenzó la carrera diplomática en el Ministerio de asuntos extranjeros, la cual, se vio interrumpida por la guerra.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, en la Europa ocupada por los soviéticos, fue perseguido e internado en catorce campos de concentración.

Virgil Gheorghiu falleció en el año 1992.

Entre sus obras más famosas se encuentran *Segunda oportunidad*, *El hombre que viajó solo*, *Contrata héroes*, *Fiesta nacional*, *El crimen de Kiralessa*, *La túnica de piel* y *Vida de Mahoma*.

En *La hora 25* se propone relatar el sufrimiento que le ocasiona la Segunda Guerra Mundial a Iohann Moritz, un simple campesino rumano. El protagonista del relato es enviado a un campo de trabajo por los rumanos, luego es detenido y torturado por los húngaros, es obligado a ser soldado por los alemanes y, por último, es enviado a catorce campos de concentración por los norteamericanos.

Igualmente, la mayor crisis que sufre el personaje es la pérdida de su personalidad, de su carácter de sujeto, de su individualidad; convirtiéndose en un mero objeto del poder, en un engranaje prescindible de la maquinaria estatal.

En consecuencia, la obra focaliza su crítica en el pensamiento economicista occidental, por el cual, el beneficio económico resulta ser el imperativo categórico. La respuesta a los conflictos se obtiene bajo la fórmula del “costo y beneficio económico”, transformando a los individuos en simples medios del desarrollo económico capitalista.

El extracto, que sigue a continuación, es una de las peticiones realizadas a las autoridades de un campo de concentración por el escritor Train Koruga, personaje que acompaña a Iohann Moritz en su detención.

Petición nº 1. Tema económico: "Materias grasas".

Decidido a remitirles muchas peticiones, comienzo por un asunto económico. Sé que la Civilización técnica está construida sobre bases y fundamentos materialistas. La economía es el Evangelio de ustedes (...)

Cuando llegué al campo, los prisioneros dormían tendidos en el suelo, uno al lado de otro. Sólo con dificultad hallé un sitio donde tenderme (...) Los terrenos que rodeaban el campo me parecieron muy grandes y no comprendí por qué habían limitado ustedes hasta tal punto la superficie.

Las quince mil personas que se hallan en el campo parecen pegadas unas a otras. De pie, queda aún un poco de sitio. Pero al acostarse, el espacio es tan reducido, que se amontonan unas encima de otras. De mí puedo decir que no me fue posible extender las piernas en toda la noche. Los que se hallaban a mi alrededor ponían sus pies en mi cabeza constantemente. Como esos pies estaban muy calientes y me cubrieron el cuerpo durante casi toda la noche, no tuve frío.

Creo saber ahora por qué limitaron ustedes el espacio: porque los prisioneros pisoteaban la hierba con los pies, y ustedes querían economizar la que crece en los campos. La hierba cuesta cara. Hubiera sido una lástima pisotearla inútilmente. Es mucho mejor que se la coma una vaca, pues la vaca da leche. Los prisioneros, en cambio, no dan nada.

Por otra parte, de haber hecho el recinto más ancho habrían necesitado mayor cantidad de alambre espinoso. El espino artificial es caro y no valía la pena gastar mucho con el solo fin de que los prisioneros tuvieran más espacio y pudieran dormir cómodamente.

Además, en cuanto haga frío y llegue la estación de las lluvias, la mayoría de los prisioneros se morirán. Otros se morirán antes, y los que queden con vida tendrán así el espacio necesario para extender sus pies. Creo que tuvieron en cuenta ustedes tal detalle cuando construyeron el campo. No puedo hacer otra cosa que inclinarme ante el rigor científico de sus previsiones.

Se observa claramente en el texto cómo los campos de concentración resultan estar imbuidos por el pensamiento capitalista occidental, procurando obtener la detención de la mayor cantidad de individuos al menor costo. Esto provoca, irremediablemente, una degradación del individuo, convirtiéndolo en un mero objeto prescindible de un poder represivo.

En este orden ideas, trazando relaciones entre el pensamiento capitalista con las instituciones de detención, resulta necesario citar a Michel Foucault.

Este autor considera que las instituciones carcelarias establecieron “procedimientos para repartir a los individuos, fijarlos y distribuirlos espacialmente, clasificarlos, obtener de ellos el máximo de tiempo y el máximo de fuerzas, educar su cuerpo, codificar su comportamiento continuo, mantenerlos en una visibilidad sin lagunas, formar en torno de ellos todo un aparato de observación, de registro y de notaciones, constituir sobre ellos un saber que se acumula y centraliza”¹.

En consecuencia, la institución carcelaria está diseñada con la principal finalidad de obtener un mejor control al menor costo, dejando de lado toda consideración por el individuo como sujeto.

El operar bajo este pensamiento economicista, provoca un funcionamiento completamente deshumanizado de estas instituciones de detención.

Este funcionamiento deshumanizado es visualizado en el fenómeno de superpoblación carcelaria evidenciado por la trágica realidad. Pese a que este grave fenómeno, resulta ser mundial, nos detendremos en algunos datos de la realidad de nuestro país, que demuestran cómo los sujetos se ven completamente degradados, convertidos en cosas.

En un informe elaborado en el año 2002 por la Secretaría de Derechos Humanos del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, se señala que en las Unidades Carcelarias de régimen cerrado hay 1.659 personas que superan el cupo máximo y 96 detenidos sin camas en la unidades de máxima seguridad.

Por otro lado, la situación en las comisarías bonaerenses es aún más grave, ya que se encuentran detenidas 7.196 personas, cuando el cupo es de 2.864 lugares

Evidentemente, este fenómeno, provoca que los detenidos se encuentren en condiciones infrahumanas, ya que son alojados en calabozos que se encuentran en un estado deplorable de conservación e higiene, carecen por lo general de ventilación y luz natural; y en el verano; la humedad y el calor son agobiantes.

Los calabozos no tienen ningún tipo de mobiliario, por lo cual, todas las actividades de los internos se desarrollan sobre el piso. Deben turnarse para dormir, pues por la falta de espacio no pueden hacerlo todos a la vez.

¹ FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1991, p. 233.

Los sanitarios no son suficientes para todos y no se garantiza la alimentación adecuada de todos los reclusos.

Esta trágica realidad ha sido reconocida por el juez Juan Carlos Sorondo (hijo) que calificó al penal de Olmos como un “depósito de carne humana”, ya que hay 3439 presos, cuando la capacidad máxima es de 2186 ².

Continuando con el tema abordado, debemos destacar que, curiosamente, existen cárceles en Estados Unidos, en las cuales, los presidiarios deben pagar por el “hospedaje” y los “servicios” brindados convirtiéndose en “clientes”; lo cual; resulta bastante coherente con la ideología capitalista de reducir costos y maximizar beneficios. Esta realidad es denunciada por Wacquant en su libro “Las cárceles de la miseria”.

Este autor hace referencia a los métodos que utiliza el Estado para reducir los costos del sistema carcelario y así compatibilizar la “tolerancia cero” con el “déficit cero”. Para lo cual se procura “transferir una parte de los costos del encarcelamiento a los presos y sus familias en lo sucesivo, una veintena de estados y varias decenas de condados urbanos “facturan” el día de detención a sus presidiarios, cobran “gastos de documentación”, hacen pagar las comidas e imponen un peaje a la enfermería, así como diversos complementos para el acceso a los servicios del establecimiento (lavandería, taller, electricidad, teléfono, etcétera). Algunos no vacilan en llevar a sus ex detenidos ante los juzgados para obtener el pago de las deudas que aquéllos contrajeron por su cuenta mientras cumplían su pena de reclusión” ³.

Resulta anecdótico que Roberto Arlt en *El juguete rabioso*, haya inspirado esta idea a través de una metáfora, por la cual, reemplaza el concepto de “cárcel” por el de “hoteles del Estado”. A continuación, transcribimos el fragmento de Arlt.

Enrique tenía catorce años cuando engañó al fabricante de una fábrica de caramelos, lo que es una evidente prueba de que los dioses habían trazado cuál sería en el futuro el destino del amigo Enrique. Pero como los dioses son arteros de corazón, no me sorprende al escribir mis memorias enterarme de que Enrique se hospedaba en uno de esos hoteles que el Estado dispone para los audaces y bribones.

Por último, queríamos destacar la función que cumple la cárcel en la estabilidad de una sociedad capitalista.

² Diario *Página 12*, 3/12/2002.

³ P. 96.

Al respecto Nils Christie sostiene, acertadamente, que “La cárcel, entonces, soluciona varios problemas en los países industrializados. En los estados benefactores, suaviza la oposición entre la idea de la asistencia a los desempleados y la idea de que el placer del consumo debería ser el resultado del proceso de producción. También permite controlar a parte de la población ociosa en forma directa y crea nuevas tareas para la industria y sus propietarios. Desde este último punto de vista, los reclusos adquieren un papel nuevo e importante: se convierten en la materia prima del control”⁴.

Lo cual, implica que los presos no son sujetos para la sociedad capitalista; y que sólo son tenidos en cuenta como objetos de control, materia prima del poder controlador y represivo del Estado.

Finalizamos este breve comentario recordando que la Constitución Nacional dispone, en su artículo 18, que “Las cárceles de la Nación serán sanas y limpias, para seguridad y no para castigo de los reos detenidos en ellas”; lo cual; ante nuestra trágica realidad y la ideología imperante; parece ser sólo una imploración dirigida a un Estado sin el mínimo interés en escuchar.

⁴ P. 123.